



NODO

**FRANCISCO
ROBLES**

POETA ANTE EL ESTANQUE

En su libro *Música de cámara, Lamillar* agrupa poemas que tienen como eje la fotografía

JUAN Lamillar es un sevillano fino y frío, tan culto como bondadoso. Un poeta de la estirpe de Bécquer, que diría el añorado Ferrnando Ortiz. Rico en lecturas. Aficionado a la pintura y a la fotografía. Melómano aficionado al collage. Su culturalismo es vivido, no impuesto. Lleva una biblioteca dentro de su alma de escritor, y vive la ciudad en sus líneas más elegantes, en esas veladuras de Carmen Laffón, en esas penumbras de Cernuda, en esos jardines donde la soledad sigue siendo el estanque

donde se mira Romero Murube. En su libro *Música de cámara, Lamillar* agrupa una serie de poemas que tienen como eje la fotografía. La imagen detenida en el tiempo es una aspiración tan bella como imposible. Y el poeta lo sabe. Por eso lo escribe. Porque es algo inevitable que el tiempo pase por el lado oculto de la fotografía, y deshaga la luz y el magnesio hasta romper ese ansiado encanto de la quietud.

En uno de esos poemas, Lamillar toma la voz de Romero Murube como si fuera un heterónimo de Pessoa. Habla con el silencio difícil del poeta que se refugiaba en el alcázar de la sombra, en los jardines donde buscaba «la exactitud de las palmeras». Romero Murube re-

cuerda la tarde del Llanto, la voz de Federico recitando esa elegía ante un grupo de amigos. Sí, eran amigos. No estaban enfrentados los unos con los otros a pesar del castrante corsé de las ideologías. Romero Murube lloró a Federico en un romance que el mismo poeta sevillano publicó, pagando el librito de su bolsillo, en 1937. Cuando España estaba abierta en canal. Cuando el dolor por el amigo fusilado era tan fuerte que tuvo que sacarlo a los medios del poema.

Aquella Sevilla de la revista *Mediodía* es un ensueño. Queda cada vez más lejos. Pero tampoco hay que lamerse las heridas del tiempo. Sevilla cuenta con unos poetas dignos de su mejor tradición literaria. Poetas que se saben de memoria las claves comedidas de la lira, y que no se entregan al florecimiento de los jaramagos rípidos que siempre llega con la inevitable primavera. Lamillar es uno de ellos. Fiel a la sin-

cera y documentada admiración que siente por Romero Murube, pone en sus labios unos versos que son alabanzas en la conciencia de la ciudad. Lamillar se plantea, con la voz de Romero Murube, la misma existencia de Sevilla. «¿Es un sueño Sevilla detrás de las murallas? / ¿Ha sa-

bido soñarla? / La tuve entre los labios, / la nombré muchas veces, / incansante escribí su nombre en vano, / y ahora se me escapa entre los dedos, / arena de la orilla de este río, / invento de la luz, / fantasma, / nada».

Barroco puro en esa pregunta que va más allá de la retórica. El tiempo como sustancia de la ciudad. Lo efímero pendiente del hilo que la parca cortará. Y Góngora en el remate. Música de cámara que suena con ese acorde cernudiano que nadie ha sabido mejorar: el silencio.



COSAS VEREDES

ANTONIO RIVERO
TARAVILLO

13-6-2014

Música de cámara

MÁS DE patio en silencio que de estrepitosa calle, mucho más del borboteo de una fuente junto a un limonero y de la contemplación, esa verdadera quimina, que de ginébra y agua tónica con una rodaja de limón en un velador lleno de ruido, Juan Lamillar es uno de esos sevillanos sin estridencias y que son, felicitémonos por ello, más numerosos de lo que parece. Gran lector que no agota su interés en la literatura (poesía sobre todo), es un enamorado de la música y de las artes plásticas. Entre estas, especialmente del collage (que practica) y de la fotografía, a la que ha dedicado una antología temática que se acaba de publicar, con el título de este artículo, en la colección de machadiano nombre *Canto y cuento*.

Las relaciones entre poesía y fotografía son claras; en ellas, tenemos sendas vías de apresar un instante, de guardar para la posteridad lo que ha sucedido. Y eso se logra mediante una mirada especial: saber enfocar desde un ángulo distinto. Requiere, además,

más composición y técnica en su que pensar un lego. A ambas, también, las orla la melancolía de reflejar lo que se va. Al leer hoy un poema, recordamos. Igual sucede con una imagen fotográfica. En *Unas fotos antiguas*, Lamillar ha escrito: «Estos posaron como

Basta con dejar la adición de la pantalla táctil y palpar con los ojos

una forma / de combatir la nada, / de dejar el regalo de sus ojos / a unos ojos futuros».

De sus diferentes libros hasta la fecha, Lamillar ha seleccionado sus poemas que tienen esta temática, añadiéndoles con generosidad un buen puñado de inéditos. En uno de ellos, *Poeta ante el estanque*, aparece Joaquín Romero Murube, de quien Lamillar fue biógrafo y, con Jacobo Cortines, editor de su obra en prosa y verso. En él, hace preguntarse a quien fuera alcalde del Alcázar: «¿Es un sueño Sevilla detrás de las murallas? / ¿He sabido soñarla? / La tuve entre los labios, / la nombré muchas veces, / incesante escribí su nombre en vano, / y ahora se me escapa entre los dedos, / arena de la orilla de este río, / invento de la luz, / fantasma, / nada».

En color o en blanco y negro, la ciudad se nos brinda de continuo con imágenes dignas de ser atesoradas en un negativo (hoy archivo digital) o en el pixelado lienzo de las silabas. Basta con saber mirar, con dejar por un momento la adicción a la pantalla táctil y palpar con los ojos de la sensibilidad y la inteligencia lo que está pasando justo ante nosotros y que no volverá a repetirse. Ese invento de la luz que el verso y la instantánea retienen con su música de cámara. La cámara de la música.